

# OPINION Y SABER. EL PROBLEMA DEL ESCEPTICISMO Y LOS CRITERIOS DE CERTEZA

por PASCUAL MARTINEZ FREIRE  
*Universidad de Málaga*

Evidentemente no es posible un estudio detallado del tema propuesto en el corto espacio de un artículo. Baste recordar que Ayer, en su obra de 1956 "El problema del conocimiento", esboza una teoría del conocimiento en debate constante con los desafíos escépticos. Sin embargo, intentaremos ofrecer en una síntesis sucinta las líneas principales de una argumentación que dé respuesta a los interrogantes básicos planteados por el tema del contraste entre opinión y saber.

I.— Para empezar resulta útil señalar que el término "saber" tiene al menos tres sentidos, cada uno con un alcance distinto.

En primer lugar, en un sentido amplio, se entiende por saber cualquier tipo de conocimiento. En esta acepción el saber incluye el saber cotidiano, más acá del orden racional y de la experiencia metódica, incluye el saber racional y aún el saber supraracional. Expresiones comunes del lenguaje corriente responden a esta acepción, tales como "saber hacer" o "saber vivir"; a su vez, también se acoge a este sentido la noción de saber presente en la obra de Maritain "Distinguir para unir o los grados del saber" (1932), donde se incluye el estudio de la experiencia mística. Pues bien, este sentido tan amaplio rebasa los intereses de nuestro contexto, esencialmente epistemológico.

En segundo lugar, en un sentido etimológico, se entiende por saber un grado mínimo de conocimiento. En efecto, etimológicamente "saber" (del latín "sapere") significa en su acepción inmediata tener un gusto o sabor, y también saborear. Según ello, el saber sería un conocimiento superficial de las cosas. Pues bien, si nos limitásemos a esta segunda acepción, no habría lugar a contraponer el saber a la opinión, la cual aparece como conocimiento superficial e inseguro.

Finalmente, en un sentido propio, se entiende por saber un conocimiento racional, fundado y objetivo. En cuanto conocimiento racional deja aparte tanto los conocimientos supraracionales como el conocimiento vulgar o cotidiano, no sometido al orden de la razón. Se trata, según esta acepción, de la ciencia sin más, no restringida a las ciencias

físico-matemáticas, restricción muy habitual en nuestros días, e incluyendo las tecnologías científicas.

Siguiendo esta última acepción, el saber se contrapone a la opinión. Tal contraposición se remonta al propio Platón. En efecto, en un conocido pasaje del libro V de la "República", Platón enfrenta inicialmente la ignorancia, cuyo objeto es el no-ser, y el saber o ciencia, cuyo objeto es el ser; entre ambas sitúa la opinión, cuyo objeto es la apariencia, mezcla de ser y no-ser. El saber se contrapone a la opinión en cuanto el primero es el grado de conocimiento que corresponde al mundo inteligible, mientras que la segunda es el grado de conocimiento correspondiente al mundo sensible o del devenir.

Prescindiendo de la rígida distinción platónica entre mundo sensible y mundo inteligible, nos interesa a guisa de comentario y resumen recoger las siguientes notas del saber y de la opinión, las cuales se oponen entre sí. La opinión es un conocimiento aparente, superficial e inseguro. El saber, en cambio, es un conocimiento objetivo, profundo (por ser explicativo) y fundado.

Las palabras alemanas para decir opinión, saber y ciencia tienen la particularidad, frente a lo que ocurre en castellano, de que saber y ciencia pertenecen a la misma familia lingüística. Efectivamente son las palabras "Meinung", "Wissen" y "Wissenschaft" respectivamente.

II.— La nítida distinción establecida entre saber y opinión puede atenuarse, e incluso tornarse problemática, si introducimos nuevos elementos de consideración.

Un primer elemento consiste en advertir que en ocasiones hablamos de opinión fundada. Entonces, la propiedad de fundado, atribuida al saber, pasa a su contrario, a la opinión. Y la situación puede agravarse, para nuestra distinción entre saber y opinión, si al mismo tiempo sostenemos la tesis de que la mayoría de las ciencias (esto es, las ciencias empíricas, naturales o humanas) son conocimientos conjeturales, meras opiniones fundadas.

Debe admitirse que las ciencias empíricas o inductivas son inicial y terminativamente hipotéticas. Pues, por una parte, comenzamos la investigación empírica diseñando una amplia y más o menos vaga hipótesis rectora de la observación y, por otra parte, concluimos una ley que no abedece a una estricta demostración.

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, no debe exagerarse la situación ni debemos dejarnos seducir por un abuso del lenguaje. Un uso adecuado del lenguaje obliga a no denominar como opinión fundada un conocimiento que está fundado lógicamente y objetivamente, sino que obliga a denominarlo como saber. A su vez, si un conocimiento no está fundado ni lógicamente ni objetivamente, aunque se le dé un apoyo retórico o un soporte subjetivo, no debe denominarse opinión fundada sino simplemente mera opinión. Y por otra parte, el carácter hipotético del saber empírico no le convierte en una opinión subjetiva ni en un conjunto de conjeturas arbitrarias. El saber empírico está sometido al testimonio de los hechos, es objetivo, y a diversos principios metodológicos y criterios, está lógicamente fundado.

Un segundo elemento de consideración, que hace peligrar nuestra distinción entre saber y opinión, consiste en advertir que para el escéptico todo saber es inseguro. Ahora, la propiedad de inseguro, atribuida a la opinión, pasa a su contrario, al saber. Pero esto nos lleva al problema del escepticismo, que analizamos en el apartado siguiente.

III.— Dentro del escepticismo cabe señalar distintos tipos y grados posibles, pero, en

general, puede caracterizarse como aquella doctrina que niega, en mayor o menor medida, la existencia del saber, es decir, de un conocimiento objetivo y seguro.

Para comenzar, el escepticismo puede ser total, el cual niega todo tipo de saber, o parcial, el cual rechaza la existencia de un determinado tipo de saber. Por ejemplo, es un escepticismo parcial el escepticismo metafísico, que niega, como ocurre en Hume o en los positivistas lógicos, el saber metafísico, o también es un escepticismo parcial el escepticismo ético que niega el saber ético. Aquí nos enfrentaremos con el escepticismo en bloque, ya que, caso de ser refutado el escepticismo total, quedarán también refutados los escepticismos parciales.

También es habitual distinguir entre escepticismo metódico y escepticismo sistemático, según que la duda acerca del saber se emplee como vía para alcanzar un saber más seguro, o según que la duda acerca del saber permanezca como actitud sistemática y definitiva. En efecto, no es lo mismo utilizar la duda como método para alcanzar un saber radical y seguro, tal como ocurre paladinamente en Descartes, que renunciar a la superación de nuestras dudas.

No podemos, ni debemos (en cuanto animales problematizadores), disolver gratuitamente todas nuestras dudas. Siendo una tendencia natural la aspiración a la verdad y el compromiso con la verdad (en cuanto tendemos a la adaptación a nuestros diferentes medios), frecuentemente este compromiso y aspiración nos obligarán a dudar. Pero la adaptación a nuestros diversos medios nos exige superar nuestras dudas. En una línea de argumentación cartesiana, podemos añadir que incluso creer que no existo prueba que existo, pues sin mi existencia no se daría tal creencia. El escepticismo metódico no es el auténtico escepticismo ni merece propiamente este nombre, pues se trata de una actitud dubitativa provisional para obtener precisamente auténtico saber.

El escepticismo auténtico o sistemático puede revestir dos formas, que podemos calificar de escepticismo frío y de escepticismo cálido. El primero es un pasotismo epistemológico, ya que para el escéptico frío ni se puede alcanzar el saber ni ello es cosa que importe. En cambio, para el escepticismo cálido no se puede alcanzar el saber pero sería deseable poseerlo.

El escepticismo frío no es una actitud científica, aunque puede darse en el hombre de la calle. Ninguno de los filósofos históricamente etiquetados como escépticos adopta el pasotismo. Ni siquiera Pirrón de Elis (ca. 365-275) quien es, según todas las noticias, el escéptico más contumaz; en efecto, en Pirrón hay una preocupación por saber acerca de la felicidad humana, la cual consistiría en resignación y renuncia. El otro gran clásico del escepticismo, Sexto Empírico (s. III d. C.), se ocupó en el saber médico, el cual según él debe atenerse a la práctica empírica en vez de a las doctrinas establecidas. Es cierto que el tema de la indiferencia, que pudiera interpretarse como pasotismo, se repite en los autores escépticos griegos, pero tal indiferencia no es mero pasotismo. Este es una indiferencia mostrenca consecuencia de un abandono gratuito, mientras que aquélla es consecuencia de la desesperanza de saber y de cierta voluntad de saber.

Junto con la duda, otro tópico característico del escepticismo es la suspensión del juicio, esto es, la actitud de ni afirmar ni negar respecto de cualquier tema, en suma, de no manifestarse. Pero tal suspensión del juicio puede adquirir dos formas: o bien es una actitud adoptada sin más, de entrada por así decir, o bien es una actitud a la que se llega tras un proceso argumentativo. Tenemos así dos modalidades de escepticismo, que son el escepticismo de pura suspensión del juicio y el escepticismo argumentador. El primero, que puede hacerse coincidir con el pasotismo epistemológico, no presenta argumentos

contra la existencia del saber, limitándose a rechazar el saber desde la suspensión del juicio sobre cualquier tema; su formulación es el mero enunciado "ni es A ni no es A". A su vez, el escepticismo argumentador, que puede hacerse coincidir con el escepticismo cálido, presenta argumentos para justificar que no se puede alcanzar el saber y, eventualmente, llegar a la suspensión del juicio.

El escepticismo filosófico histórico es de la segunda modalidad. Así, Enesidemo (s. I a. C.) presenta diez tropos o argumentos contra la existencia del saber, mientras que Agrippa (s. I d. C.) reduce a cinco esos argumentos. En general, el escéptico declara llegar a la suspensión del juicio tras haber encontrado argumentos en contra de la existencia del saber como conocimiento objetivo y seguro.

El escepticismo de pura suspensión del juicio es lógicamente contradictorio. En efecto, el mero enunciado "ni es A ni no es A" puede simbolizarse (recurriendo a la flecha de Peirce) " $A \downarrow A$ ", que es una fórmula siempre falsa, esto es, lógicamente contradictoria o antilogía. Además, mantenerse constantemente en la suspensión del juicio supone renunciar a la tendencia natural a la aspiración y compromiso con la verdad.

A su vez, el escepticismo argumentador es gnoseológicamente contradictorio. Ya que, por un lado, se rechaza el saber, pero, por otro lado, se admite el saber proporcionado por los argumentos expuestos contra el saber.

Finalmente, cabe una refutación general del escepticismo, que ya se encuentra en Aristóteles. Toda acción implica un conocimiento de lo que es bueno o malo, útil o perjudicial, real o ilusorio, de tal manera que si no puedo saber entonces no puedo actuar. El escéptico consecuente está condenado al silencio y a la inacción. Así, leemos en el Estagirita: "¿Por qué, en efecto, nuestro filósofo emprende el camino hacia Megara, y no se queda en su casa contentándose en pensar que va allí? ¿Por qué si, al amanecer, encuentra un pozo o un precipicio, no camina hacia allí, sino que le vemos, al contrario, tomar sus precauciones como si pensase que no es igualmente bueno y malo caer allí? Está bien claro que estima que tal decisión es mejor y tal otra peor" ("Metafísica", IV, 4, 1.008 b, 12-19). En nuestra época Wittgenstein se ha pronunciado en términos semejantes. Para el filósofo vienés nuestra vida consta normalmente de actitudes no-dubitantes: "Mi vida muestra que yo sé o estoy seguro de que hay una silla allá, o una puerta, etc. Digo a mi amigo, por ejemplo, que lleve la silla allá, que cierre la puerta, etc." ("Sobre la certeza", 7). Asimismo, hay hechos de experiencia fuera de toda duda: "Por tanto, para poder cumplir una orden debe haber algún hecho empírico acerca del cual no tienes dudas. La duda en sí misma descansa sólo en lo que está fuera de duda" (Ibid., 519).

IV.— Las dificultades y refutación del escepticismo revelan la existencia del saber, es decir, de un conocimiento objetivo y seguro. Sin embargo, debemos emprender la tarea de mostrar de modo constructivo y positivo el carácter fundado del saber.

Cualquier tipo de saber es un conjunto de enunciados ordenados. A su vez, dado un enunciado científico necesitamos criterios para sentirnos seguros, estar ciertos, de su verdad, o, lo que es lo mismo, estar ciertos de su carácter fundado. Emprendamos, pues, la búsqueda, sin pretensiones de agotar el tema, de tales criterios de certeza.

Los enunciados científicos son establecidos tras una inferencia a partir de otros enunciados, o no son establecidos tras una inferencia. En este segundo caso o son resultado de una observación, o son formulaciones lingüísticas arbitrarias que se justifican por su fertilidad deductiva. A esta triple casuística corresponden tres tipos de criterios: 1) criterios lógicos y metodológicos de inferencia, de distinto alcance y naturaleza, 2) criterios de la intuición, y 3) criterios de formalización.

El tercer caso es el más simple, siendo también los sistemas formalizados las partes más seguras de nuestro conocimiento. Aquí los criterios son de tres órdenes: reglas de formación o escritura, que nos aseguran que los enunciados pertenecen al lenguaje que nos interesa, reglas de definición, que nos aseguran que un término derivado pertenece al lenguaje, y reglas de transformación deductiva, que nos aseguran que un enunciado derivado pertenece al sistema formalizado cuya interpretación interesa. Hay además dos principios metodológicos generales. Por un lado, adoptar ciertos términos y ciertos enunciados como primitivos, es decir, no definidos y no derivados respectivamente. Por otro lado, no aceptar en lo sucesivo ningún nuevo término o nuevo enunciado sin definición o sin derivación respectivamente.

En el caso de enunciados que son resultado de la observación se aplican criterios de intuición. Su carácter y número es variado y complejo, pero, dentro de esta síntesis sucinta, podemos aventurarnos a señalar lo esencial. En primer lugar tenemos el criterio del sujeto idóneo de observación, es decir, que la facultad de observación y, eventualmente, sus instrumentos estén en buenas condiciones de empleo. En segundo lugar, el criterio de circunstancias idóneas, esto es, que las circunstancias de la observación no alteren la presentación del objeto conocido. Tercero, el criterio del lenguaje descriptivo adecuado, que exige disponer de un lenguaje lo suficientemente rico y preciso para describir la observación. Y en cuarto lugar disponemos del criterio de intersubjetividad, según el cual la observación es repetible, en sus rasgos esenciales, por varios sujetos de observación. Como en lo anterior se ha hecho referencia repetidamente al carácter idóneo, debe añadirse un criterio de contrastación de los criterios anteriores, a saber, el criterio de eficacia predictiva, de acuerdo con el cual las teorías elaboradas a partir de la observación realizada deben permitir predecir nuevas observaciones. Asimismo se da por supuesta la presencia o patencia del objeto de observación, sin cuya presencia no tiene sentido hablar de observación.

En el caso de enunciados que son resultado de una inferencia se aplican criterios metodológicos y lógicos diversos. Los más generales son el criterio de identidad y el criterio de no-contradicción. El primero señala que, dentro de una misma argumentación, no debe cambiarse el sentido de un término. El segundo dice que no se debe afirmar y negar algo al mismo tiempo. Gran importancia pero menor generalidad, pues no se aplica en los campos controlables por las lógicas polivalentes, tiene el criterio de tercero excluido, según el cual un enunciado o es verdadero o es falso. Hay otros criterios lógicos y metodológicos de menor alcance, los cuales se reparten en dos grupos según se apliquen en las inferencias deductivas o en las inferencias inductivas.

Toda la lógica deductiva, o lógica de la demostración estricta, proporciona criterios para las partes deductivas del saber. Sería pues una tarea desmesurada e inoportuna exponer aquí de modo detallado tales criterios. Pero hay un criterio general en este campo, a saber, el criterio de consecuencia, según el cual si partimos de enunciados que son verdaderos e inferimos una conclusión siguiendo una regla deductiva, tal enunciado concluido es necesariamente verdadero.

A su vez, en cuanto a las partes inductivas del saber los criterios metodológicos especiales son menos seguros que los correspondientes a las partes deductivas. Esta situación ha permitido a Feyerabend insistir en las limitaciones de cualquier método y titular un trabajo suyo de 1970 "Contra el método". Pero sólo una lectura superficial e incompleta de este autor puede atribuirle la tesis de que no hay regla metodológica alguna. De sus obras "Cambiando patrones de reconstrucción" (1977) y "La ciencia en una

sociedad libre” (1978) se siguen claramente las tres tesis siguientes: 1) no se rechaza todo criterio, 2) se insiste en el carácter variable y oportunista de los criterios, y 3) se apunta que cada investigación forja sus propios criterios, aunque hay ciertos criterios generales. Por nuestra parte, pensamos que cabe señalar criterios generales en cada una de las fases del proceso inductivo. Estas fases, en términos generales y lo más frecuentemente, son cinco: 1) observación de los hechos, 2) formación de hipótesis de ensayo, 3) ensayo y valoración de las hipótesis anteriores, 4) selección y formulación precisa de la hipótesis elegida (conclusión inductiva), y 5) contrastación de tal conclusión. Hay, pues, criterios de observación científica, criterios de elaboración de hipótesis, criterios de comparación de hipótesis, criterios de formulación de leyes y criterios de comprobación. Sin embargo, una exposición detallada obligaría no sólo a una presentación completa de la lógica inductiva o lógica de la investigación empírica, sino también a una amplia discusión de muchos temas hoy controvertidos a este respecto. En todo caso, podemos presentar un criterio general, que llamaremos principio de Whewell (por haberlo expresado este filósofo inglés del siglo XIX) y que dice que el modo de llegar a la verdad es ensayar hipótesis variadas, modificar las hipótesis para aproximarse a los hechos y multiplicar los hechos para probar las hipótesis.

*Dirección del autor:* Pascual Martínez Freire, Facultad de Filosofía y Letras, Alameda principal, Málaga.

SUMARIO: Siguiendo los distintos conceptos de saber, éste se contrapone a la opinión. Se discute el tema de la opinión fundada y más largamente el problema del escepticismo; tras distinguir diversos tipos de escepticismo, se discuten siguiendo puntos de vista personales recurriendo asimismo a Aristóteles y Wittgenstein. Finalmente se apuntan criterios de certeza de tres tipos: lógicos, de intuición y formalización.

*Descriptores:* Opinión, Science, Scepticism, Criterion of certainty.